

SASCHA BERST-FREDIANI

# ERROR JUDICIAL



algaida  
INTER

Título original: *Feblurteil*

Primera edición: 2015

Autor: Sascha Berst-Frediani  
© Gmeiner-Verlag GmbH, Meßkirch, 2014  
© de la traducción: Patricia Losa Pedrero, 2015  
© Algaida Editores, 2015  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: REGA  
ISBN: 978-84-9067-198-6  
Depósito legal: SE. 103-2015  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

PRÓLOGO DEL EDITOR .....	11
CAPÍTULO 1 .....	13
CAPÍTULO 2 .....	25
CAPÍTULO 3 .....	33
CAPÍTULO 4 .....	45
CAPÍTULO 5 .....	53
CAPÍTULO 6 .....	67
CAPÍTULO 7 .....	87
CAPÍTULO 8 .....	99
CAPÍTULO 9 .....	109
CAPÍTULO 10 .....	115
CAPÍTULO 11 .....	129
CAPÍTULO 12 .....	141
CAPÍTULO 13 .....	147
CAPÍTULO 14 .....	159
CAPÍTULO 15 .....	165
CAPÍTULO 16 .....	175
CAPÍTULO 17 .....	189
CAPÍTULO 18 .....	199
CAPÍTULO 19 .....	217
CAPÍTULO 20 .....	221
CAPÍTULO 21 .....	229

CAPÍTULO 22 .....	245
CAPÍTULO 23 .....	261
CAPÍTULO 24 .....	269
CAPÍTULO 25 .....	275
CAPÍTULO 26 .....	285
CAPÍTULO 27 .....	287
CAPÍTULO 28 .....	293
CAPÍTULO 29 .....	307
CAPÍTULO 30 .....	315
CAPÍTULO 31 .....	329
CAPÍTULO 32 .....	341
CAPÍTULO 33 .....	351
CAPÍTULO 34 .....	363
CAPÍTULO 35 .....	375
CAPÍTULO 36 .....	383
CAPÍTULO 37 .....	385
CAPÍTULO 38 .....	387

Independientemente del contenido  
de las siguientes páginas, esta obra  
es una novela, texto de ficción.  
Cualquier similitud con acontecimientos  
o personas reales, vivas o muertas,  
es mera coincidencia.



## Prólogo del editor

**E**L PRESENTE INFORME, OBRA DEL EXFISCAL DEL Estado Antonio Tedeschi y publicado ahora por primera vez, llegó a mis manos hará unos dos años, después de que Tedeschi renunciara a su cargo en la fiscalía del estado de Baden-Wurtemberg y abandonara Alemania. Me sorprendió el hecho de que me lo confiara precisamente a mí, puesto que hasta el momento apenas habíamos coincidido en cuatro o cinco ocasiones y nos conocíamos de una forma meramente superficial, si bien (o, quizás, precisamente por eso) nos unían una misma profesión y un mismo origen. Conocí a Tedeschi por casualidad, en la celebración de la festividad nacional italiana en los Almacenes Históricos de Friburgo. Recuerdo a aquel hombrecillo rechoncho de ojos pardos y oscuros, cabello muy negro y la piel aceitunada de un oriental, cuyo fuerte acento suabo al hablar el alemán contrastaba de forma muy peculiar con su apariencia física. Una amiga común nos presentó, aunque no simpatizamos demasiado. Mientras yo me dediqué a bromear y a hacer chistes durante toda la tarde,

Tedeschi permaneció serio y callado hasta el punto de casi espantarme aquella manera suya de amoldar su comportamiento y su forma de hablar a lo que, por lo general, viene considerándose como típicamente alemán, rechazando así el temperamento y la alegría de vivir más propios del sur. Desde entonces, si nos cruzábamos por la calle, nos limitamos a saludarnos desde una distancia prudencial e, incluso, llegó a haber ocasiones en las que tuve la impresión de que me rehuía. Con eso y con todo, me entregó su manuscrito y me pidió que le echara un vistazo y decidiera, a mi propio criterio, si sus observaciones merecían llegar hasta un público más amplio o caer en el olvido. En lo que a mí se refiere, recordaba vagamente algunos artículos de la prensa regional en torno al escándalo judicial de 1992 que aquí narra el exfiscal, pero ignoraba completamente los dramáticos acontecimientos que se produjeron a su alrededor. Por ese motivo, acepté de inmediato el requisito de la editorial, que no quería publicar el relato de unos hechos acontecidos dentro del ámbito judicial del sur de Baden sin antes modificar los nombres y las descripciones físicas de las personas implicadas.

Aunque no albergó ninguna duda acerca de la veracidad del relato, envié un ejemplar de la obra al Ministerio estatal de Justicia, para que lo revisaran debidamente. No se manifestaron al respecto.

S.B.



# 1

¿QUÉ CLASE DE MUJER SE ATREVERÍA A INCRIMINAR a un alto cargo judicial, antiguo secretario de Estado y diputado, a pesar de toda su influencia, de sus insinuaciones, amenazas y tentadoras ofertas, y hacer frente a diario, y por ese mismo empeño, tanto a las burlas y menosprecios de su contendiente como al aplauso y las alabanzas de amigos interesados? ¿Qué podría haber de diferente, de especial, en aquella joven fiscal de la que nadie había oído nunca hablar antes de la investigación que la haría tan famosa para algunos como infame para otros? ¿Y cómo empezar siquiera a responder esas preguntas sin atisbar al menos un rinconcito de su alma y, quizás, incluso de la mía?

Así pues, ¿cómo era ella? ¿Comprometida? Sí. ¿Decidida? Sí. ¿Apasionada? Sí, sin duda era todo eso e, incluso, demasiado para su propio bien... Pero, sobre todo y ante todo, era una persona embarcada en una constante búsqueda, una tan antigua que ya ni ella misma sabía cuándo la había iniciado. En cualquier caso, había sido

mucho antes de que aquel anciano la abordara y entrara en su vida...

Margarethe diría que había sido el destino el que le había encomendado aquella misión precisamente a ella. Y tendría razón, si relacionáramos el concepto de destino no tanto con la predestinación como con lo que hay de único y peculiar en nuestras vidas, el misterio que se nos plantea, que solo la suerte o la desgracia nos permitirán revelar y, con ello, responder a aquellas preguntas que nos acompañan a lo largo de nuestra existencia. Pues, ¿existe alguna vida que no albergue secretos? A todos y cada uno de nosotros nos persigue nuestra sombra.

Mi papel en los sucesos que se produjeron habría sido mucho menor si no me hubiera topado con ellos por pura casualidad. Por casualidad y, también, no les voy a mentir, porque el corazón me arrastró un poco a ello. Llámemoslo destino, pero allí estaba yo cuando Margarethe lo conoció. Fue algo casual, como decía, casual y sin motivo aparente, pero aun así el momento se produjo, y lo que sucedió a resultas de ello nos unió y nos asoció como dos plantas que trepan la una sobre la otra, si bien en un principio no entendí el significado de aquel encuentro, ni habría sido capaz de entenderlo de ninguna manera, a pesar de que sí pude vislumbrar la consternación que apareció en aquel instante en la mirada de ella. Porque eso era exactamente: consternación.

Margarethe se enfrentó al destino encarnado en un anciano absolutamente encantador, de cabellos blancos, miembros finos y rostro avisado. Era un día lluvioso de marzo. Yo ya llegaba un poco tarde al trabajo y, para col-

mo de males, me había visto sorprendido por un charrón que ni mi paraguas, ni mi grueso abrigo, habían sido capaces de mantener a raya. Para cuando por fin llegué al edificio de la fiscalía, mis gafas estaban tan tomadas por la humedad que apenas podía ver y me goteaba la ropa como si tuviera la lluvia misma escondida debajo. Fue mientras colgaba mi abrigo en la entrada, creando pequeños charcos a mis pies, cuando vi a Margarethe. Estaba de pie, apenas a un par de metros de la puerta principal, y hablaba con aquel hombrecillo que, justo en el momento en que yo le guiñaba el ojo a ella a modo de saludo, le ponía en las manos un fardo de papeles que acababa de sacar de una ajada bolsa de plástico. Yo ya había visto con anterioridad en un par de ocasiones a aquel anciano esperar frente a la puerta de la fiscalía y mirar de reojo la entrada sin decidirse a pasar. Me había llamado la atención porque tenía un aspecto dulce y delicado, casi frágil, algo inusual para un hombre, y más para un hombre de su edad. Cuando pasé a su lado mientras hablaba con ella, con su sombrero negro empapado por la lluvia, la gruesa chaqueta blanca y negra con motivos de espigas que quizá hubiera resultado moderno veinte años atrás, sus gestos insistentes y su mirada como poseída, me pareció un clásico buscapleitos de esos que frecuentan los pasillos de los tribunales, los edificios administrativos y los bufetes de abogados. Son hombres, en su mayoría, con frecuencia desaliñados y desaseados, que están convencidos de que se ha cometido contra ellos la más infame de las injusticias y, en consecuencia, armados con fardos de quebradizos papelajos, expedientes, sentencias, artículos periodísticos mal arrancados, cartas,

solicitudes y reclamaciones, buscan algún juez o abogado que pueda, no... ¡que deba! ayudarlos a «desfacer el entuerto». Claman «¡justicia!» a viva voz, caiga quien caiga, y no son conscientes de que la sola mención de esa palabra frente a un jurista resulta tan molesta como pudiera ser, por ejemplo, que a un teólogo le reclamaran a Dios a gritos. La palabra justicia nos abochorna. Nos resulta incómoda, casi vergonzosa, con esa clase de vergüenza que nos produce el tener unos padres de una posición social inferior a la nuestra, posición que ellos mismos nos procuraron con su esfuerzo. Lo cierto es que ignoramos lo que realmente significa eso de la justicia. La exigimos, pero no intentamos comprenderla. La ley es lo que nos inventamos para ocupar su lugar: reglas, definiciones, litigios... Dominarlos todos ya nos cuesta lo suyo, pero es un precio que estamos dispuestos a pagar. Por eso, el que sea «justicia» lo que nos pidan nos resulta ingenuo: porque hemos perdido el hábito de pensar en esos términos. Cualquier miembro de nuestro gremio está habituado a lidiar con personajes como esos, y tan solo un novato de lo más inexperto podría tener problemas para zafarse de ellos en menos de lo que canta un gallo.

Yo estaba convencido de que Margarethe no tardaría en deshacerse de él y que lo más sencillo sería esperarla sin más. La conversación le estaba resultando incómoda, resultaba evidente que ella quería marcharse y no recoger la carpeta que él insistía en darle. Sabía que, en el momento en que cayera en sus manos, no le quedaría más remedio que hojearla, echarle al menos un vistazo e inventar rápidamente alguna excusa para escapar del peticona-

rio y de su demanda de justicia y regresar, así, a su auténtica labor, el trabajo sucio de la legalidad. No tardaría en explicarle que entendía cómo se sentía y que estaría realmente encantada de ayudarle si pudiera pero que, lamentablemente, le era imposible y que lo mejor sería buscar a otro abogado que pudiera hacerse cargo. ¿Y algún consejo? No, no le estaba permitido dar ningún consejo, pero el colegio de abogados podría asesorarle en lo que fuera necesario. Sí, justo, precisamente allí podrían indicarle si habría algún letrado especializado en el tema en cuestión. Sí, incluso quizá podría recibir alguna ayuda económica para costear los gastos del proceso: al fin y al cabo, estaba en su derecho legal.

Sin embargo, no fue eso lo que ella hizo. El anciano le hablaba con insistencia y, por desgracia, yo no era capaz de entender lo que decía porque estaba demasiado lejos, pero me pareció detectar en su forma de hablar un acento peculiar, crudo, gutural. Habló y habló hasta que, finalmente, Margarethe se tapó los labios con la mano. La miré a los ojos: los había abierto de par en par. El hombrecillo debía haberle dicho algo que la había sorprendido, incluso conmovido, pues había algo en sus gestos, su expresión, que no fui capaz de reconocer. Era consternación lo que se leía en sus rasgos, lo que yo vi, pero no pude entenderlo hasta más tarde.

Mi presencia allí resultaba un tanto forzada y ya no había ningún motivo real por el que tuviera que quedarme, así que me dirigí a las escaleras rumbo a mi oficina, donde me esperaban mis clientes: ladrones, rateros, violadores... Lo que tocara... No obstante, de camino intenté

atraer hacia mí la mirada de Margarethe, por si me hacía alguna señal que indicara que necesitaba ayuda para deshacerse del anciano. Todo lo contrario: estaba cada vez más interesada en él y en sus papeles.

Tres días después, ella se presentó en mi despacho. Enseguida me fijé en que llevaba un acartonado y poco favorecedor conjunto de traje de chaqueta verde y blusa blanca que le hacía parecer pálida y enfermiza, como el efecto que crean en el rostro las luces de neón. No casaba en absoluto con su carácter alegre. A la única persona que le gustaba que se vistiera con ese estilo tan conservador era a su novio: un abogado, descendiente de un linaje aristocrático friburgués venido a menos al que, a pesar de la decadencia de su nombre, le encantaba ir siempre metido en trajes tan formales como carentes de gracia con los que pretendía demostrar que pertenecía a los círculos más exclusivos de la ciudad. No había nada en este mundo que pudiera hacerle sentirse mejor consigo mismo.

—Me gustaría que le echaras un ojo a esto —dijo ella, mientras lanzaba sobre mi escritorio un archivo ya abierto.

No era nada fuera de lo normal. Margarethe y yo solíamos consultarnos el uno al otro cuando algún caso nos preocupaba especialmente ya que, en nuestro trabajo, algunas veces teníamos que bregar con el lado más oscuro de la vida y ninguno de los dos estábamos aún tan embrutecidos como algunos de nuestros colegas más veteranos, incapaces ya de perder siquiera el apetito ante la visión de

un niño maltratado, acostumbrados a tener que soportar imágenes como esas cada dos por tres.

Lo que me estaba entregando era la carpeta del anciano y su contenido era tal y como yo me lo había esperado: papeles arrebuajados, subrayados en mil colores diferentes; documentos leídos una y otra vez; hojas manoseadas con bordes descompuestos. Por supuesto también había copias de dos sentencias hectografiadas, impresas en letras azules sobre esa clase de papel *beige* casi translúcido que yo no había vuelto a ver desde mis años en la escuela y que, de inmediato, trajo a mi memoria el recuerdo del intenso olor a alcohol de la tinta de impresión que siempre me azotaba cada vez que el profesor repartía folios.

La primera hoja mostraba una denuncia presentada en la comisaría de Policía del barrio de Herdern, en Friburgo, en el año 1981. Al leer los nombres de los demandados, no pude evitar silbar entre dientes: los jueces de la Audiencia Territorial del Estado, Dr. Joseph-Georg Müller; Thomas Meinrad y Martin von Kempf. En la denuncia se les acusaba de prevaricación. «Claro, ¿y qué más?», pensé para mí. No era una acusación común para un buscapleitos. El oficial que había rellenado el formulario había intentado a toda costa parecer lo más neutral posible pero, en cada línea y en cada palabra, podía percibirse lo escasamente en serio que se tomaba aquella denuncia. No resultaba difícil imaginárselo, embutido en el uniforme amarillo verdoso de la Policía germana que, probablemente, le viniera un tanto estrecho; con cierto sobrepeso, algo sudoroso, aporreando con dos dedos las teclas de su

vieja máquina de escribir. Así me supuse que había ocurrido aquella mañana del 15 de mayo de 1981 en que el «presunto» perjudicado, Hermann Mordechai Stein, nacido el 26 de junio de 1926 en Friburgo, ciudadano israelí, había hablado con el oficial al cargo, Jeckle, y había presentado una denuncia contra los miembros de uno de los cinco tribunales que componen la Audiencia Territorial del Estado con sede en Karlsruhe. Concretamente, el que tenía jurisdicción sobre Friburgo. El supuesto afectado era de la opinión de que, durante el proceso de reversión de la propiedad del terreno, sito en la dirección Münsterweg 7, el tribunal había prevaricado deliberadamente al rechazar la demanda y fallar en contra de la admisión de una apelación contra dicha sentencia, infracción recogida en el artículo tal, tal y cual. Se incluía una copia para la fiscalía de Friburgo de la sentencia supuestamente ilegítima de la Audiencia Territorial del Estado, con la petición de que esta proporcionara más datos. Se solicitaba notificación del sobreseimiento...

Ni siquiera me molesté en seguir mirando el resto del contenido de la carpeta.

—¿Es esto del viejecillo? —le pregunté a Margarethe.

—Sí, ya lo has visto —replicó ella—. ¿Qué te parece?

—No me lo estarás preguntando en serio, ¿no? —re-puse—. No tiene ningún sentido. Pero ni el más mínimo, ¡y lo sabes!

—Ah... —contestó ella, sin perder la calma.

Estaba acostumbrada a mi temperamento, que hacía que, en ocasiones, me exaltara con facilidad y, por norma



general, me perdonaba mis arrebatos tanto como yo le perdonaba los suyos. Apartó los archivos acumulados en una silla y se sentó, mientras me miraba con una expresión que fluctuaba entre la indulgencia y la crítica.

—Hay algo que huele mal en todo esto —dijo.

—¿Qué significa eso de que «hay algo que huele mal en todo esto»? —pregunté, incrédulo.

No me lo podía creer. Realmente quería involucrarse en una denuncia por prevaricación y, precisamente, una en la que se implicaba a todo un tribunal de la Audiencia del Estado.

—He examinado el expediente. Si siguieras ojeándolo un poco más, descubrirías la denuncia interpuesta ante la fiscalía en el año 1981. Esa denuncia ha permanecido aquí, pendiente, durante más de diez años. Hay constancia de la inculpación y del proceso, pero no hay ningún expediente abierto, ni ningún fichero correspondiente en esta oficina.

—¿Ningún fichero? —repetí, y comencé a tomármelo en serio.

Que algo así ocurriera no era demasiado frecuente puesto que, cada procedimiento penal, por muy banal o infundado que fuera, contaba con una ficha en la que figuraba la fecha de presentación de la acusación y que, incluso décadas después de su sobreseimiento, permanece almacenada en nuestros archivos. Cada procedimiento deja tras de sí al menos ese rastro documental, por si la inculpación resultara no ser tan infundada o la inocencia del acusado no tan clara. Cientos de ciudadanos figuraban en nuestros archivos aun careciendo de anteceden-

tes, en muchos casos sin que ellos mismos tuvieran la más remota idea.

Eché un nuevo vistazo al *dossier*, esta vez con algo más de ahínco, hasta que di con la denuncia y, por extensión, con el nombre del compañero en cuyas manos había caído el proceso en 1981.

—Creo que sé de qué va todo esto —dije, mientras le devolvía la carpeta a Margarethe—. El que se encargó del caso fue Maier-Rolfs.

—¿Maier-Rolfs? Nunca había oído ese nombre. ¿Qué pasa con él? —preguntó Margarethe.

—¿No sabes quién es? Ese pobre diablo tiene una reputación lamentable. Era un alcohólico al que se le terminó declarando inhábil para ejercer la abogacía durante años, pero todo esto sin que nadie hubiera hecho amago de enterarse de nada. No se sabe a ciencia cierta cuántos casos retrasó porque los expedientes que no era capaz de sacar adelante se los llevaba a casa y los guardaba en su sótano, hasta que un abogado de la defensa le fue con el cuento al jefe. Debía tener el sótano lleno hasta el techo de los casos sin cerrar. Los guardias necesitaron una grúa para sacarlo todo... Quizá no solo acaparaba casos, como se cree, sino que también los tiraba por ahí.

—Podría ser eso, por supuesto —repuso Margarethe—. No tenía ni idea de lo de ese tal Maier-Rolfs... Sin embargo, tengo que llegar hasta el final con todo esto. Al menos tengo que cursar la demanda como es debido. El viejecillo estaba fuera de sí porque, después de presentarla, no había vuelto a saber nada de ella, ni por parte de la Policía, ni por parte nuestra. «¡Y todo esto en Alemania!»,

no hacía más que repetir. Le prometí que me encargaría de ello.

Se levantó y contempló, pensativa, el archivo.

—No puedo decirle que la denuncia no se cursó porque el abogado encargado del caso estaba borracho, ¿no?

—No, no puedes hacerlo —respondí—. Además, me temo que tendrás que arreglar el tema del fichero que falta.

Margarethe asintió y se dirigió hacia la puerta. Se encontraba incómoda, y no solo por aquel traje verde que no le quedaba nada bien y que, a todas luces, tampoco le gustaba lo más mínimo. Había algo más que la turbaba, que la inquietaba.

—No te preocupes, siempre puedes recurrir a Thekla —bromeé con una sonrisa burlona en los labios, en un intento claramente pobre de animar a Margarethe.

El comentario hacía referencia a la secretaria de nuestro jefe, una huesuda sesentona con el cabello teñido de rubio y el carácter de una araña a la espera de su próxima presa. Sus padres debieron haber tenido algún tipo de palpito extraordinario sobre el tipo de hija que acababan de tener cuando decidieron llamarla Thekla. Su puesto habitual era en el recibidor frente al despacho del jefe, desde donde escudriñaba con recelo a cualquiera que quisiera hablar con él. Sobre todo a Margarethe.

—¿Por qué te preocupa tanto el viejecillo? —pregunté de pronto, ya que por supuesto no era en Thekla en quien Margarethe estaba pensando para abrir la puerta con la lentitud con la que lo estaba haciendo.

—¿El anciano? —repitió, y dudó un momento antes de responder, con expresión un tanto abochornada—. Nada, no es nada importante.

—Venga, suéltalo... Os he visto hablando. Algo te habrá dicho.

Margarethe miró al suelo y respiró hondo.

—Conocía a mi padre —respondió finalmente.

Tras esto, se volvió y salió del despacho apresuradamente.

Su padre.